

SOBRE LO IDÉNTICO Y LO DIFERENTE*

Adelardo de Bath

Introducción y traducción de Pedro Mantas España
Universidad de Córdoba

INTRODUCCIÓN¹

Sobre lo Idéntico y lo Diferente (De eodem et diverso - DED) suele citarse como la primera obra de Adelardo de Bath (ca.1080 - ca.1150), aunque es bastante probable que no fuese escrita en el inicio de su trayectoria escolar; de hecho la dedicatoria de la obra a Guillermo, obispo de Siracusa (ca. 1105-1124), y el modo de referirse a su estancia en Tours (ca. 1105), hace pensar que se trata de un trabajo redactado algo más tarde.² No obstante, el tratado muestra los signos de un interés por cuestiones y temas con los que habría tenido contacto en la primera etapa de su formación.

Aunque en su forma literaria la obra se presenta como un escrito de carácter didáctico dirigido a un interlocutor (su sobrino), la composición establece una estructura dramática de diálogo entre dos damas, Philocosmia y Philosophia, con intervención del propio autor. En cierta sintonía con la forma del *prosimetrum*, la obra incorpora dos poemas donde en algunos versos se recurre al uso del género *rapportati*, y aunque el estilo literario y la expresión que le sirven de modelo son la *Consolación de Filosofía* de Boecio y los «clásicos» latinos, la significación de algunos términos no mantiene su uso clásico.

El texto se justifica como una exhortación al estudio de la filosofía, emulando el modelo que representa Boecio y el *De nuptiis* de Marciano Capella; la segunda mitad de la obra se presenta como una exposición de las artes liberales muy cercana a las fuentes escolares propias de su pri-

* Dada su extensión, la traducción de la obra que se presenta en este número de la revista, corresponde prácticamente a la mitad del total del texto original. La segunda parte aparecerá, junto con una sucinta bibliografía, en otro número de la revista.

1 La presentación del texto de Adelardo requiere una exposición más detallada que la incluida en esta introducción; sin embargo, como la reciente edición de Burnett incluye un estudio detallado de la obra y un amplio despliegue de aparato crítico, y como están próximos a aparecer nuevos trabajos monográficos en castellano sobre Adelardo que dedican algunas páginas a este tratado, he optado por reducir al mínimo la introducción, las notas al texto y la bibliografía final.

2 Tan sólo existe una referencia medieval a este tratado y se encuentra en un catálogo de libros (ca. 1200) de la Abadía de Waltham, («The Waltham Abbey Bible», Passmore Edwards Museum, Stratford, fol. 158r, ítem 39).

mera etapa de formación en las escuelas del norte de Francia,³ esto es, más limitadas y menos originales que aquellas fuentes en árabe a las que tendrá acceso más adelante. El contenido de la obra queda sugerido, desde el principio, por su mismo título («lo Idéntico» y «lo Diferente») y su respectiva identificación con los dos personajes (Philosophia y Philocosmia), en definitiva, el problema en torno a «lo mismo» y «lo otro» en la cuestión sobre el «alma del mundo» presente en el *Timeo*.

En términos generales, el tema que desarrolla la obra puede sintetizarse como la defensa de un conocimiento firme guiado por el saber filosófico y el estudio de las artes liberales, frente a la apelación a una débil noción de conocimiento del mundo, orientado hacia el gozo momentáneo que producen los placeres mundanos. Sin embargo, una vez iniciada la lectura, nos encontraremos con asuntos que conciernen al estudio de dos problemas bien contextualizados en la historia del S. XII: en primer lugar, el mencionado interés que despierta el *Timeo* entre los llamados «cosmologistas» del doce en relación con el redescubrimiento de un universo natural; en segundo lugar, el estudio de la vinculación entre lenguaje, pensamiento y realidad.

Con respecto a lo primero, las fuentes que están presentes en Adelardo son - al tiempo que el *Timeo*, en la traducción de Calcidio - las ya citadas de Boecio y Marciano Capella, así como el *Commentaria in Somnium Scipionis* de Macrobio. En cierto sentido, el DED es precursor de la *Cosmographia* de Bernardo Silvestre y el *Anticlaudianus* de Alan de Lille, y aunque con menos pretensiones metafísicas que la *Cosmographia*, no por ello el DED está exento de algunas modulaciones intelectuales que merecen ser leídas con detenimiento, como lo es el tratamiento de la «diferencia» que se manifiesta en los versos del primer poema (Philocosmia).⁴ En relación con lo segundo y, en particular, el modo como se presenta la incursión de Adelardo en la controversia sobre los universales, fue ésta una de las razones por la que algunos estudiosos se detuvieron en la lectura del DED.⁵

En la exposición sobre las artes, las fuentes que emplea Adelardo todavía no permiten alcanzar las perspectivas de sus obras y traducciones posteriores, y quizás sea por ello que la presentación del *quadrivium* no alcanza la originalidad que cabría esperar de un conocedor que, como

3 La mayor parte de estas fuentes aparecen citadas en las notas a lo largo de la traducción. A pesar del carácter didáctico de la obra y de la interrelación de las artes que se defiende a lo largo del libro, Adelardo no intenta por ahora, a diferencia de lo que ocurre en *Ut testatur Ergaphalau*, una clasificación o una división sistemática, como el *Heptateuchon* de Thierry de Chartres o el *Didascalicon* de Hugo de San Víctor, cf. Burnett, C., «Adelard, Ergaphalau and the Science of the Stars», en *Adelard of Bath, an English Scientist and Arabist of the Early Twelfth Century*, ed. Burnett, C., *Warburg Institute Surveys and Texts*, 14 (1988), pp. 133-145.

4 Cf. Jolivet, J., «Adélarde de Bath et l'amour des choses», *Metaphysique histoire de la philosophie*, Recueil d'études offert à Fernand Brunner, Neuchâtel, (1981), pp. 77-84; P. Mantas España, «El diálogo poético en el *De eodem et diverso*», *Alfinge*, 8 (1997), pp. 177-187.

5 Entre los precursores destacan, entre otros, Amable Jourdain, Barthélemy Hauréau, Hans Willner o Josef Reiners (cit. «Bibliografía») y, más adelante, Gilson, E., *La Filosofía en la Edad Media*, Madrid, 1965, pp. 276-7. Ya en nuestros días y tratando sobre el problema del vocalismo, nominalismo y el problema de los universales, pueden citarse, entre otros: Y. Iwakuma, «Vocales, or early nominalists», *Traditio*, 47 (1992), pp. 37-111; Id., «The Realism of Anselm and his Contemporaries», *Anselm: Aosta, Bec and Canterbury* ed. D. E. Luscombe y G. R. Evans, Sheffield, (1996), pp. 120-35; C. Burnett, «Adelard of Bath's Doctrine on Universals and the *Consolatio Philosophiae* of Boethius», *Didascalica*, 1 (1995), pp. 1-13; P. Mantas España, «El Realismo de Principios del S. XII y el Eclecticismo Platónico-Aristotélico», en: *Method and Order in the Renaissance*, ed. Di Liscia, D., Kessler, E., y Methuen, C., Aldershot-Boston, (1998), pp. 23-51.

Adelardo, pudo acceder a substanciosos textos de autoría o transmisión en árabe,⁶ en cualquier caso, Adelardo parece entender esencialmente la problemática que se deriva de la relación entre las «artes del lenguaje» y las «artes matemáticas», en una época en que el *quadrivium* está cobrando una mayor autonomía. Es en su presentación del *trivium* (la gramática especialmente) y los párrafos en que *Philosophia* rebate las afirmaciones de *Philocosmia* sobre las contradicciones entre los filósofos, donde Adelardo presenta una interpretación del problema de la *indifferentia*, que aventura una lectura particular de la relación *vox-nomem-res*, y donde se propone una lectura «sintética» de las afinidades que él encuentra en los planteamientos genéricos sobre Platón y Aristóteles.

Finalmente, los estudios que se han venido realizando acerca del *Sobre lo Idéntico y lo Diferente* quizás han podido contribuir a una proyección más amplia del panorama en torno a la formación intelectual de los inicios del S. XII; sin embargo, el reconocimiento de la aportación de Adelardo de Bath quedaría muy incompleto si, una vez introducidos en su obra, no alcanzamos a observar el decurso de sus trabajos posteriores.

TRADUCCIÓN

Adelardo saluda a Guillermo, obispo de Siracusa

Texto: Adelardus Bathensis, *De eodem et diverso*, Ms. Paris, Bibliothèque nationale, lat. 2389, fols. 82v-91v (s. XII; único manuscrito conocido).

Ediciones: H. Willner ed., en «Des Adelard von Bath Traktat», *Beiträge zur Geschichte der Philosophie (und Theologie) des Mittelalters*, IV.1, Münsters (1903); C. Burnett ed., en *Adelard of Bath's Conversations with His Nephew: «On the Same and the Different», «Questions on Natural Science» and «On Birds»*, edición latina y traducción al inglés, colaboran I. Ronca, P. Mantas España, B. Van den Abeele, Cambridge Univ. Press. en prensa.

Al leer los famosos escritos de los antiguos —no todos pero si la mayor parte— y comparar sus facultades con la ciencia de los modernos, a aquéllos los considero elocuentes y a éstos tengo que llamarlos taciturnos. De hecho, ni aquéllos habían conocido todas las cosas ni éstos las ignoran todas. Por consiguiente, del mismo modo que aquéllos no lo dijeron todo, tampoco éstos deben callar respecto a todo. Así pues, pienso que se debe escribir algo, aunque breve, no sea que por miedo al contacto⁷ con la envidia, incurran en la acusación de ignorancia.⁸ En efecto, también yo, cuando con este mismo temor ante una injusta acusación de mi sobrino dudé en volver a escribir, dirigí mi ánimo precisamente a este parecer: que soportaría pacientemente el miedo al reproche y respondería a la injusta acusación en la medida en que yo mismo pudiera. Pero como todo trabajo disciplinar está a la espera no ya del juicio de su autor sino del ajeno, se ha procurado que cual-

6 Un ejemplo es su uso inicial de nociones de geometría tomadas de la tradición de los agrimensores latinos (a partir de una obra de principios del S. XI, que hoy se conoce como *Geometria incerti auctoris*), frente a su posterior incorporación a obras como los *Elementos* de Euclides, que Adelardo traduce del árabe.

7 Tanto Burnett como Willner transcriben el término manuscrito «attractiones» como «attractiones».

8 Es decir, por miedo a que los «modernos» se vean arrastrados hacia una envidiosa rivalidad, al parecer, algo generalizada entre los estudiosos de su tiempo (Adelardo vuelve a apuntarlo en el siguiente párrafo).

Soc. 2
H
M

quier cosa que me he dibujado en mi propia mente de manera confusa, lo someta a ser clarificado por el juicio de un hombre sabio. Sin embargo, ya que en esta carta no he entrelazado escenas de un único arte sino que he intercalado —por exigencia del propósito de la obra— ciertas descripciones de las siete artes liberales, advertí que era razonable que eligiese no a un juez cualquiera, sino a uno que estuviera inmerso en el septiforme río de la filosofía.

Por consiguiente, a ti, Guillermo, obispo de Siracusa, más versado en todas las artes matemáticas, he dirigido este discurso, pues cualquier cosa que mi escaso saber no ha afianzado todavía y no aventura a mostrarse en público, cobre seguridad con tu examen y, precedido por tu nombre, no tema las dentelladas de la envidia corrosiva. He titulado esta carta «Sobre lo Idéntico y lo Diferente», porque la mayor parte del discurso se asigna a dos personajes, a saber, *Philosophia* y *Philocosmia*, una de ellas fue denominada «lo Idéntico» por el Príncipe de los Filósofos,⁹ la otra, «lo Diferente». A ti te corresponde cortar lo superfluo y disponer lo desordenado. Yo, según mi intención, responderé al sobrino.

Adelardo a su sobrino, sobre lo Idéntico y lo Diferente

Una y otra vez, sobrino, sueles extrañarte a causa de mi laborioso itinerario y, con cierta acritud, acusar mi designio como frívolo e inconstante. Si algún otro, o un cualquiera, se extraviasen en este error, pensaría que no debiera hacerles caso. Ahora bien, respecto a ti, me admiro no menos de lo que me lamento. Me admiro, ciertamente, porque como estás todavía en la adolescencia —y en cierto modo, es propio de ella la frivolidad— reprochas en mí lo que verás en ti mismo, si no disimulas. Pero es mayor aquello de lo que me lamento porque, no habiendo para mí nada más querido que tú, y acostumbrado a que exista entre nosotros un sentir común respecto a todo, precisamente disintimos de este propósito mío. Por ello, para que este infortunio no nos haga abandonar esa otra identidad que pertenece a las almas de los amigos,¹⁰ procuremos reunir nuestras opiniones. Por mi parte, si te parece, expondré en pocas palabras la causa de mi extravío —pues así sueles tú denominarlo— e invocaré las numerosas vueltas del laberinto hacia la única salida de lo honesto. Por tu parte, debes examinar si obro rectamente, y usa aquella reservada parquedad que acostumbras, ya sea ante el flujo verbal de los sofismas o en la afectada elocuencia de la retórica. Yo, condescendiendo contigo, te mostraré eso que durante dos años he guardado celosamente. Por tu parte, juzga el discurso al final, como al atardecer suele hacerse con el día.

El pasado año se encontraba en Tours¹¹ cierto varón, tan respetado por su sabiduría como por su carácter, hasta tal punto que tanto el vulgo como los filósofos se servían de sus consejos. Pero, ¿por qué decir algo más en su honor, cuando la mayor parte de los discípulos de esta época son envidiosos, y tú, que una vez estuvieras presente allí conmigo, no ignoras su honradez? Yo lo fre-

9 En este caso alude a Platón, posteriormente, los «Príncipes entre los Filósofos» para referirse a Platón y Aristóteles.

10 «Alteram identitatem» por alusión a la concepción platonizante de «alter ego».

11 Esta es una de las referencias que han servido para relacionar este tratado dentro del contexto de la formación intelectual de Adelardo.

cuentaba en numerosas ocasiones, procurando hacerme más docto por su sabiduría. Una noche, cuando me había explicado la posición de las constelaciones, las cualidades de los planetas y distancias de sus órbitas, dijo: «Examina por tí mismo si he procedido correctamente, yo me retiro a casa». De este modo, incitado tanto por la dignidad de lo tratado como por la exhortación del anciano, me dispuse a revisar en mi mente las cosas que había oído; y como el lugar suele producir en el alma quietud o turbación a causa del tumulto sensual, elijo éste, el más apacible, fuera de la ciudad, donde nada me inquieta a no ser el aroma de las flores o el rumor del río Loira. Así, estando por completo entregado a repasar sus palabras, habiendo apartado todas las impresiones externas, vi y quedé sorprendido ante dos mujeres, una a la derecha y otra a la izquierda. Estaba a la derecha aquella cuya visión horroriza al vulgo y que a los filósofos nunca se da a conocer completamente, de donde resulta que ni aquellos la procuran, ni éstos, aunque la buscan, la consiguen por entero en momento alguno. Se hallaban a su alrededor siete doncellas, cuyos rostros, aunque eran diferentes, no obstante estaban entretejidos¹² de manera que no permitían se los mirase sino todos al mismo tiempo. Pero la mujer a la izquierda era tan propensa a llamar la atención del vulgo que sólo a ella la perseguirían. También venía acompañada de cinco sirvientas¹³ cuyos rostros no eran para mí fáciles de reconocer. En efecto, estaban constreñidas, como por vergüenza, y no mostraban el aspecto de las siete doncellas opuestas a ellas. Cuando aterrorizado ante ellas, sucesivamente recorrí con ojos preocupados ora unas, luego a otras, aquella de la izquierda, acomodando el rostro a sus palabras, se alzó con esta voz:

(PHILOCOSMIA)¹⁴ Joven, ¿qué causa te arrastra hacia este error, para que te apliques por entero en un estudio tan ineficaz e inútilmente te esfuerces en perseguir, como a tu propia sombra, efímeras falacias de sutiles argumentos? ¿Acaso ignoras que si respecto a esas cosas que investigas hubiera certeza alguna, de cada una de ellas vuelven a brotar dudas tan numerosas como, por así decirlo, espinas de la mente? Por un momento confía más en mí que en tí mismo y juzga tú mismo las cosas que te voy a explicar, eligiendo de entre muchas la que más te plazca.

(RIQUEZA) Están conmigo estas cinco seguidoras. Con la primera¹⁵ de ellas, el esplendor del oro y la plata y los más variados ornamentos¹⁶ gozaron de su estima desde sus primeros años, hasta tal punto, que ya no saben servir a alguna otra sino a ella y a quien ella favorece. Tiene miles de fortalezas visibles y otras tantas

12 Para la descripción de Philosophia, Adelardo utiliza un conjunto de términos muy similares a los que Boecio emplea para describir la textura del vestido de Philosophia (*Consolatione Philosophiae*, libro I, prosa I), citado en Burnett, C., trad. DED, n. 3 y Courcelle, P., «Adélard de Bath et la *Consolation* de Boèce», *Kyriakon, Festschrift Johannes Quasten*, 2 vols., Münster, p. 572, n. 2.

13 Adelardo escribe «pedissequis» es decir, siervas de compañía; aunque en distinto orden, son las cinco a que Boecio se refiere al hablar de «fere formam felicitatis humanae» (*Consolatione*, libro III, prosa II): riqueza, poder, mérito, fama y placer.

14 Las referencias que aparecen entre paréntesis a la izquierda del texto son acotaciones marginales que en el original manuscrito y la ed. Burnett aparecen en 'salto de tabulación' del margen izquierdo.

15 El copista del manuscrito no sigue una regla fija al anotar los nombres de las cinco acompañantes: a diferencia de «Poder», «Mérito» y «Placer» (cuyos títulos aparecen encabezados en el margen del ms.) y de «Fama» (encabezado dentro del texto), el título de «Riqueza» no aparece ni en el margen ni en el texto.

16 Platón, *Timeo* trad. Calcidio, 18B.

subterráneas. Ninguno de sus rincones está vacío; donde quiera que te vuelves puedes alegrar la vista con los tesoros más insólitos. ¿Qué hay más puro que el oro?, ¿Qué más moldeable que la plata elaborada?, ¿Qué más luminoso que el esplendor de las gemas? Pero no me creas a mí, sino a tus propios ojos, pues ¿por qué le han sido dados los ojos a cada uno sino para valorar estas cosas?

Después, a quien ella le ayuda, ése no echará en falta ni la fertilidad de los campos, ni la abundancia de ganado, ni la belleza de los prados, ni todo aquello que parece mover el interés de los mortales. Se dirá de él que es poderoso, digno, famoso, el más henchido de placeres y el más fuerte en filosofía. Si a él se le añade algo de sabiduría, se abrirá como un higo maduro. Ausente la riqueza, en vano serás elogiado.

Por último, ausente la riqueza, aquella otra dama, a la que desconozco, y a quien los ciegos llaman Filosofía, mendiga de puerta en puerta y arrastra a sí misma y a los suyos a través de las cosas más viles, hasta tal punto que para el sentir común no es sino objeto de burla. De ahí que sus seguidores, cuando por fin recobran el sentido, acaben por desdeñarla y se adhieran a esta sirvienta nuestra para, más tarde, despreciar a quienes por encima de todo y según ahora reconocen, han estado atentos a la Filosofía, pues, retenidos tanto tiempo por ella, deambularon llenos de andrajos silbando por las plazas. Y prefieren contar sus montones de dinero con los afortunados, antes que soportar las infinitas quejas de los filósofos mendigos. No es nuevo ese proverbio que dice: «Tendrás tantos filósofos cuantos panes repartas». Éstos, dado que en sí mismos no encuentran ningún consuelo, se atacan entre sí de tal manera que, como una urraca hace con otra, se sacan los ojos unos a otros, y basta que uno haya aceptado una parte para que el otro la rechace aunque después la apruebe. De ahí que incluso antes de que se les pregunte, insistirán en decir su nombre.¹⁷ Pero siendo ellos así, ¿cómo se atreven entonces a decir: «Feliz aquel que ha podido conocer las causas de las cosas»?¹⁸ Aunque de acuerdo en el «conocer», sin embargo, ¡infeliz y miserable resulta quien de lo que comienza nada acaba, y de lo que desea nada consigue! Ni tan siquiera conocen las cosas mismas.¹⁹ Pues, los más ilustres filósofos (aunque se los pueda llamar «príncipes») se contradicen entre sí, no sólo en cuanto al objeto de sus investigaciones sino también en sus modos de indagar. Uno consideró que las cosas deben ser investigadas a partir de los sensibles, el otro comenzó por los

17 Una actitud totalmente opuesta a la modestia que debe presidir la compostura del filósofo, en este sentido, Burnett cita las palabras del Prólogo de Juan de Salisbury en el *Metalogicon*: «Potueram quidem scolarium [...] utcumque in silentio cavere morsus» (cf. Burnett trad. DED, n. 7).

18 Virgilio, *Georgica*, II, 490.

19 La crítica de Philocosmia a los filósofos que, buscando «las causas de las cosas», ignoran «las cosas mismas», está en relación directa con un sentido extremo de la «diferencia» frente al más moderado de Philosophia (véase la «Introducción» y la oposición entre los dos poemas que aparecen en el tratado de Adelardo).

no-sensibles; uno argumentó que las cosas existen sólo en los sensibles, el otro profetizó que también existían fuera de los sensibles. Así, mientras ambos se dedican a molestarse mutuamente, ninguno de los dos consigue nuestra confianza. Mas, si no tienes a éstos por los más ilustres, ¿acaso Ptolomeo no discrepa de Pitágoras en cuanto a la proporción numérica, cuando manifiesta que se produce una consonancia de «la cuarta» y «la octava»? ¿Acaso no enseñó Epicuro a los hombres a ver de manera diferente a como lo hicieron los demás filósofos y, aunque fue muy penetrante en el estudio de la visión,²⁰ precisamente en este asunto fue llamado ciego por otros? Pero si éstos se alejaron ya de tu memoria, considera a los «modernos» y a aquellos más eminentes en la elocuencia latina que eran contrarios en la división de las partes del silogismo, a Tulio Cicerón y Boecio me refiero.²¹ Y así, ¿a quién de éstos que diariamente atormentan nuestros oídos con novedades debemos creer? Continuamente, también ahora, es habitual entre nosotros que nazcan a diario nuevos Platones y Aristóteles que, sin alterar el semblante, del mismo modo prometen tanto lo que ignoran como lo que conocen; y es en su altísima locuacidad donde su confianza es más alta. ¿Hay algo más parecido a la ridícula desvergüenza que fingirse el sentir? Pues dicen que no hay ningún principio de certeza respecto a los sentidos, que ni a los oídos ni a los ojos ni a ninguno de los demás sentidos se les debe dar crédito. Si éstos mismos se encontrasen privados de ese don, sentirían de otro modo. ¡Ojalá todos ellos se quedasen sordos y ciegos!. Y lo merecen. Como ellos dicen, siguen la guía de la razón, pero nada hay más ciego que ella, cuando fingen ver aquello que en la actualidad de las cosas nada es.²² ¡Y éstos tienen confianza en ella!. A ellos, justamente, se les puede dedicar esta maldición:

(PITÁGORAS) Quien por primera vez enseñó a una mente digna a disiparse,
 hasta el punto de creer en las falsas imágenes de las cosas,
 (MATERIA mientras separa lo que la naturaleza unió con todo su favor,
 Y FORMA presa del delirio de un guía ciego,
 INDIVIDUAL) junta y reúne también en una sola especie

20 En la etapa de su formación escolar, Adelardo se encontraría muy influido por la teoría de la visión que se extrae del *Timeo* (45b y ss.) y Boecio (*De institutione música*, I, 14, II, 27, V, 7 y ss).

21 Adelardo tal vez confunda la discrepancia de Boecio con Cicerón, referida no tanto a las partes del silogismo como al origen o la aplicación de las distintas formas que adquiere el discurso en la retórica (Cicerón, *De inventione*, I, XXXVII, 67; Boecio, *De topicis differentiis*, libr. II; *De syllogismo categorico*; *De syllogismo hypothetico*, libr. I; Guillermo de Champeaux, en sus comentarios al *De inventione* y a la *Rethorica ad Herennium*, menciona la discrepancia entre ambos, pero sin aludir a las partes del silogismo (citado en Fredborg, K.M., «The Commentaries on Cicero's *De Inventione* and *Rhetorica ad Herennium* by William of Champeaux», *Cahiers de l'Institut du moyen âge grec et latin*, 17 (1976), p. 7; véase también Burnett, C., trad. DED, n. 9).

22 Philocosmia dice «in actu rerum», subrayando de nuevo la oposición entre dos modos de conocimiento sobre la «realidad»: ir «a las cosas mismas», consideradas desde la diversidad que nos marca la «diferencia», frente a un conocimiento representativo expresado en imágenes y palabras; lo que se sintetiza en el primer poema y en su contraste con el segundo (véase «Introducción» n. 4).

las cosas que ves —aunque hayan sido creadas diferentes—
 éste, digo, sea arrojado y expulsado de nuestras orillas,
 y arrastre consigo a los suyos a un lugar sin luz;
 un tenebroso Apolo, enseñando cosas tenebrosas en las tinieblas,
 retiene a sus socios con un discurso ficticio.²³
 Ni crea a nadie ni sea creído por alguno,
 cuando con palabras²⁴ arranca del orbe la belleza de las cosas.

- (PODER) Pero tú, joven, más bien toma para ti ésta que te he descrito con palabras. Mas si ella no te place, hay aquí otras cuatro, cuyas naturalezas no lamento descubrirte. Una de ellas es la más poderosa, hasta el punto que domina con su autoridad cualquier parte del mundo que esté habitada, e inscribe con toda potestad cualquier cosa que ella desea. Así mismo, se ha agraciado como nombre propio el de «Poder». Cuantas veces le place airarse contra los pueblos no hay quien le oponga resistencia; y por ello, su espada no conoce la medida. De donde resulta que todos están pendientes de sus labios, de manera que si ella afirma que los cuervos son blancos y los cisnes negros, todos los demás consideran infalibles sus palabras. De tal modo se divulgan por las encrucijadas de todo el orbe no ya sus hechos sino también sus dictados, que supera a los famosos oráculos de Amón y de Apolo.
- (MÉRITO) Y hay otra doncella que teniendo en sí misma toda clase de méritos, de algún modo está sometida a ésta. Cualquier cosa que en todo el mundo tiene algún tipo de mérito, el tenerlo se le atribuye a ella y ella misma lo produce. Bajo su jurisdicción hay dictaduras, consulados, magistraturas y demás cosas parecidas a éstas. Tu mismo ves con cuánto esfuerzo los hombres las apetecen. Pues incluso aquellos que se presentan con el nombre de «filosofía», aunque en cierto modo aparentan menospreciarla, no obstante la persiguen con oculta ambición y, finalmente, se alegran de ser empujados hacia ella. Y es precisamente entonces cuando se ven a sí mismos como filósofos.
- (FAMA) Hay también una cuarta doncella que se presenta ante los ojos con tal variedad de aspectos, como las plumas con que se cubre. Ella te descubrirá lo que en todos los tiempos ha pasado, es presente o está por venir. Es ella misma la que ha impulsado a hombres de todos los tiempos a gestas famosas. Ella obligó a Jasón a desafiar los Océanos, enfrentó a Hércules con innumerables monstruos, empujó a Meneceo a la salvación de la patria; todo lo que parece imposible, ella lo somete al patrimonio de lo posible. Finalmente, es ella la que evita la vejez marchita,²⁵ la que hace que sus allegados, mientras viven,

23 «Fictilibus verbis» («palabras de barro») por oposición al «aurea verba» de un «auténtico» Apolo.

24 De nuevo, las palabras deforman la «diversidad» de la realidad de las cosas (véase n. 16).

25 «Carientem», es un término que sólo aparece en el grupo b de los manuscritos del *De nuptiis* de Marciano Capella (citado en Burnett trad. DED, n. 10).

sean conocidos en todas partes y, tras la muerte, los conserva perpetuamente vivos. De aquí que, no inmerecidamente, aquellos que la siguieron fueron llamados «dioses inmortales» por los antiguos y venerados en la posteridad. Por tanto, si algo bueno ha sido hecho, vale más entregarlo a la fama que el hecho mismo de hacerlo; hasta el extremo que incluso quienes carecen de bondad natural, se esfuerzan en superar en maldad a los demás, prefiriendo antes ser conocidos de este modo que ser totalmente ignorados. ¡Ya ves en cuánta estima se la tiene!

(PLACER)

Hay conmigo una quinta muy hermosa, a la que está sometida toda la felicidad. Cuando ella está ausente, si algo se hubiera hecho o dicho, no sería grato para quien lo hiciera o dijese. Son siervos suyos la belleza, la agilidad, la salud, la alegría y todo lo que deleita el universo elemental. Ella gobierna nuestros sentidos de tal modo que prefieren servirla a ella sola. Ella, impregnada con ungüentos y coronada con flores, ha enseñado a la gente a recrearse con el perfume; ha incitado a degustar dulces y báquicas bebidas; ella ha ordenado a los ojos estar ávidos de oro y gemas y demás formas preciosas de las cosas; ella acercó los oídos de los seres animados a todos los sonidos de modulación armónica, que los griegos llaman «SINFONÍAS»;²⁶ ella, finalmente, para que ninguna parte del cuerpo dejara de servir al placer, ha cubierto toda la superficie del cuerpo con las seducciones del tacto. De aquí que Epicuro, hombre tan sabio como amigo nuestro, justamente definió el sumo bien como placer,²⁷ sin el cual, como dije, cualquier cosa que suceda no parece ser buena.

Y en aras de una brevedad procurada en exceso, terminemos aquí con el elogio de estas sirvientas. ¡Tú, no obstante, escoge de estas cinco la que deseas para ti! No bosteces por más tiempo en aquella filosofía inútil en que absorto estabas. Pues ella existe en las solas palabras, y éstas sólo agradan mientras se escuchan.²⁸ Pero, si diriges tu mente a las cosas, ella desaparece inmediatamente junto con sus palabras.

(PHILOSOPHIA)

Entonces, la dama de la derecha, arrebatada por una discreta pasión, dijo: «¿Intentas arrebatarme también a este hombre con tus venenos, desvergonzada, mientras encubres tus falacias con nombres y las vistes con ejemplos? Pero inténtalo con otros. Pues estando yo presente, nunca hoy lo atraparás con tus lazos. Para liberar de este infortunio tanto a él como a mí misma, sopesaré primero estos argumentos con que me has atacado; luego habrá lugar para enseñarte, en pocas palabras, lo que ha de saberse sobre esas meretrices tuyas que has elogiado. Resolveré en primer lugar lo que primero me opusiste, para que abandones la audacia de tu difamación en el mismo orden en que la ibas asumiendo.

26 En el ms. y la ed. Burnett la palabra «Sinfonías» aparece escrita en griego y en mayúscula.

27 Boecio, *Consolatione*, libro III. prosa 2.

28 *Ibidem*, libro II. prosa 3.

Dices que de mis cuestiones surgen innumerables espinas en la mente. Pero ni son innumerables ni han de llamarse espinas. Que si eres lo bastante inteligente, compréndelo así: el Supremo Creador de todas las cosas, atrayéndolas todas a su semejanza, tanto como la naturaleza lo permite, adornó el alma con la mente, que los griegos llaman «noys». El alma la utiliza claramente cuando está impoluta, mientras está libre del tumulto exterior. De este modo, no sólo comprende las cosas mismas sino también sus causas y los inicios de las causas, y a partir de las cosas presentes conoce las futuras con gran anticipación; comprende qué es ella misma, qué la mente por la que conoce, qué la razón por la que inquiere. La misma alma, vestida con la coraza y el barro de la cárcel del cuerpo, pierde una no pequeña porción de su comprensión. Pero aquel poso de lo elemental no puede borrar por completo este honor. Pues busca lo que perdió y, si la memoria se hace deficiente, usa la opinión.²⁹ Y a través de la suma de lo que ella posee, alcanza a cada una, reduciendo los compuestos a aquello de lo que se componen. Sopesando la naturaleza de las partes, desliga la composición que tienen y, finalmente, encontrando la simplicidad, intuye la especie de sus inicios con admirable sutilidad. De nuevo, vistiendo paulatinamente los mismos inicios con sus formas, los deduce de entre la pluralidad de los compuestos sensibles. Por tanto, puesto que los inicios son finitos —pues de otro modo no serían inicios— y puesto que los compuestos de ellos también están sometidos a los sentidos, las dudas que surgen de mi guía no son infinitas, a menos que alguien, subyugado por tus encantos, se ciegue en el umbral mismo de la cuestión.

Ni han de llamarse espinas, como quiera que la fuerza natural no cesa de conocer, a tal extremo que incluso cuando las cosas del exterior han sido comprendidas, disputa consigo misma sobre sí misma y define, recíprocamente a partir de sí misma, qué es el alma.³⁰

Dices que mis discípulos son mendigos, aunque posteriormente lo refutaré en mayor grado. Entre tanto, no obstante, no ignores que ciertamente no están privados de la verdadera especulación sobre las cosas cuando están libres de los cuidados de las posesiones. Cuando están enredados en aquellas posesiones, no conocen ni a los suyos ni a sí mismos y, por tanto, dejan de ser míos, manchados por contagio tuyo. En verdad, intentas apasionadamente parecer elocuente con recursos escénicos³¹ reprochándome la causa del error cuando, en realidad, tu eres la causa, si desde el momento que entran en contacto contigo renuncian incluso a conocerse.

Pues aunque te has encendido contra los Príncipes de mi familia, según tu costumbre, eso debe ser rebatido no menos que las demás cosas. Dices que

29 Macrobio, *Commentarium in Somnium Scipionis*, I. 12.9.

30 Se identifica el «alma» y la «fuerza natural»; en la edición latina se elimina una duplicación de términos que aparece en el ms. (véase Burnett ed. DED, n.º 38 y Burnett trad. DED, n.º 14).

31 Boecio, *Consolatione*, libro I, prosa 1.

ellos se oponen en su búsqueda de las cosas. En verdad que con ingenio. Intentas oponer el uno al otro, mientras no confías en ti misma al atacar a ambos con tus propias objeciones; sin embargo, cualquiera los librará fácilmente de la contradicción³² si comprende las sobrias declaraciones de hombres de tanta importancia, de forma no distinta a como fueron dichas por ellos. Lo que expondré brevemente a quien tenga inteligencia.

(PLATÓN)

Uno de ellos, elevado por la sutileza de su mente y por aquellas alas³³ con que enérgicamente intentó revestirse, se acercó a la comprensión de las cosas desde sus propios inicios y expresó lo que ellas eran antes de que entrasen dentro de los cuerpos, definiendo, en conversación consigo mismo, las formas arquetípicas de los cuerpos.

(ARISTÓTELES)

El otro, diestro en las reglas de la retórica,³⁴ para instruir a los lectores como cómplices de su elocuencia, comenzó partiendo de las cosas sensibles y compuestas. Y como ellas se encuentran unas a otras en el mismo camino, no ha de llamárselas contrarias. Porque la composición ama la división y la división la composición, en tanto cada una da fe de la otra. De aquí que si algún producto surge de la multiplicación con los «*digiti*» y «*articuli*» contables del ábaco,³⁵ la exactitud del cálculo puede probarse mediante la división del mismo producto.

(PLATÓN)

Que uno de ellos dijo que las cosas existen fuera de los sensibles, y el otro que sólo existen en los sensibles, ha de explicarse así: géneros y especies (pues esto es de lo que se habla) son también nombres de los sujetos de las cosas. Pues si consideras las cosas, los nombres de género y especie e individuo son impuestos sobre la misma esencia. Porque los filósofos, queriendo ocuparse de las cosas en tanto que están sujetas a los sentidos, y en tanto que son designadas por vocablos³⁶ singulares y son diferentes en número, las denominaron individuos, a saber, Sócrates, Platón, etc. Pero considerando los mismos individuos de un modo más elevado, esto es, no en tanto que son diferentes con respecto a los sentidos, sino en cuanto que son designados por este vocablo «*hombre*», los llamaron especie. Considerando también las mismas cosas sólo en cuanto que son designadas por este vocablo «*animal*», las llamaron género. No obstante, al considerar la especie, ellos no eliminan las formas individuales, pero las olvidan, desde el momento en que no están pro-

(ARISTÓTELES)

ocuparse de las cosas en tanto que están sujetas a los sentidos, y en tanto que son designadas por vocablos³⁶ singulares y son diferentes en número, las denominaron individuos, a saber, Sócrates, Platón, etc. Pero considerando los mismos individuos de un modo más elevado, esto es, no en tanto que son diferentes con respecto a los sentidos, sino en cuanto que son designados por este vocablo «*hombre*», los llamaron especie. Considerando también las mismas cosas sólo en cuanto que son designadas por este vocablo «*animal*», las llamaron género. No obstante, al considerar la especie, ellos no eliminan las formas individuales, pero las olvidan, desde el momento en que no están pro-

32 En el sentido de una «contra-argumentación».

33 Boecio, *o.c.*, libro IV, prosa I.

34 Adelardo escribe «artificialiter»; como anota Burnett (Burnett trad. DED, n. 17), Cicerón utiliza el término «artificiosa («según las reglas del arte») eloquentia quam rhetoricam vocant» para su definición de la retórica (*De inventione*, I. V. 6).

35 Los «*digiti*» (dedos) se corresponden con los dígitos (1 al 9), los «*articuli*» (articulaciones de la mano) indican las potencias de diez (10, 100, [...]); ambos términos se utilizan en el cálculo con el ábaco y provienen del cálculo manual (véase Burnett trad. DED, n. 18).

36 He traducido «*vox*» como «vocablo» y no como «voz» para distanciar el vocalismo de Adelardo de una interpretación cercana a Roscelino, pues la tradición manuscrita a la que se adhiere Adelardo es otra (véase n. 31).

puestas por medio de un nombre que denote especie; tampoco en el que denota género entienden que han de suprimirse los que denotan especie, aunque no prestan atención a su presencia en el género, contentándose con la significación del vocablo que denota género. Pues este vocablo «animal», en esa cosa, connota sustancia con animación y sensación; pero este vocablo «hombre» connota todo eso y, además, racionalidad y mortalidad; sin embargo, «Sócrates», connota esa misma cosa, con el añadido de una distinción numérica mediante accidentes.³⁷ Si la consideración de lo individual es evidente incluso para los no iniciados en el camino del aprendizaje, bien es cierto que la consideración de la especie acongoja, de algún modo, no sólo a los profanos en las letras sino también a los conocedores de sus arcanos. Pues los que están acostumbrados a volver la vista hacia las cosas discernibles y mirar su longitud, anchura, altura y, también, si son una o varias y recorrerlas con los ojos - al estar rodeadas a todos lados por un espacio delimitado - cuando ellos se empeñan en fijar la mirada en la especie, quedan atrapados, en cierto modo, en las mismas sombras.³⁸ No son capaces de contemplar la «nota» simple misma sin su distinción de número o lugar, ni ascender a la posición simple de un vocablo que denote especie. De ahí que alguien, cuando se discutía sobre los universales, mirando hacia arriba con la boca abierta, dijo: ¿Quién puede enseñarme su posición? ¡Hasta tal punto perturba la imaginación³⁹ al razonamiento y, como por envidia, ella misma se opone a la sutileza de la razón! Pero esto es lo que ocurre entre los mortales; en efecto, para la mente Divina, que viste a esta materia misma con tan sutil y variada cubierta de formas, es fácil conocer tanto la materia sin formas como las formas sin otras formas y, de hecho, distinguir todas las cosas que están juntas, sin el entrelazo de la imaginación. Pues incluso antes de que fuesen agrupadas, todas las cosas que ves eran simples en el «noys» mismo. Pero cómo y de qué modo eran éstas en el «noys» será considerado más sutilmente y discutido en otra disputa.⁴⁰ Ahora, volvamos a nuestro asunto.

Por lo tanto, puesto que la misma cosa que ves es género, especie e individuo, Aristóteles propuso con acierto que éstos no existen sino en los sensibles. Pues ellos son los sensibles mismos, incluso si fuesen considerados con más agudeza.

Sin duda, puesto que nadie los mira atentamente y en su pureza sin el asedio de la imaginación en tanto se los denomina géneros y especies, Platón dijo que

37 Para un comentario detallado sobre los distintos planteamientos del vocalismo, el sistema de la *indifferentia* y la postura de Adelardo, más cercana a la tradición del Pseudo-Rabano y el Comentario a la *Isagoge* de Porfirio del Ms. Munich, Bayerische Staatsbibliothek, Clm. 14458 (véase P. Mantas España, «El Realismo de Principios de S. XII», *o.c.*, n.º 5).

38 Es decir «en las mismas sombras [que los iletrados]».

39 Boecio, *o.c.*, libro V, prosa 5.

40 Al final de sus *Quaestiones Naturales*, Adelardo también promete a su sobrino una discusión ulterior sobre este tema.

éstos se conciben y existen fuera de los sensibles, esto es, en la mente divina. Por esta razón, aquellos hombres, aunque en sus palabras parecen estar en lados opuestos, de hecho piensan lo mismo. De cualquier manera, no quiero plantear esto en sentido estricto para así absolver de falsedad todas las palabras de todos.⁴¹ Pues incluso los de tu desorientado grupo a veces alcanzan, por causalidad, una verdad poco común, y hasta algunos de los míos han cometido errores, y es por ello que han llegado a convertirse en mis oponentes. Habiendo erradicado estos problemas, atendamos ahora a esos dardos que has lanzado sobre el juicio de los sentidos.

Para exaltar a los sentidos, si mal no recuerdo, a la razón llamaste guía ciega. ¡Oh perverso trastorno de las cosas, ya que nada es más cierto que la razón, nada más falaz que los sentidos! En primer lugar, porque ni en las mayores ni en las más pequeñas de las cosas tienen autoridad los sentidos. Efectivamente, ¿quién en algún momento ha abarcado con la vista las dimensiones del cielo? ¿Quién ha captado con los oídos su sonido y la armonía celestial? ¿Quién, a su vez, ha distinguido con los ojos la pequeñez del átomo? ¿Quién ha reconocido con el oído el sonido producido por estos mismos átomos al colisionar? Pero «pensemos», como dicen, «con una Minerva bien cebada».⁴² Suponiendo que veas a lo lejos la «forma» de un higo, ¿acaso es necesario que en vista de aquello se trate de un higo? Pues otras cosas son similares en la forma y, no obstante, substancialmente distintas. Suponiendo que recurras al tacto, hay otros cuerpos igualmente blandos. Adviertes el olor. Sin embargo, pudo haber tomado el olor a higos por contacto accidental con ellos. De este modo, es necesario que le claves los dientes. ¡Oh argumento evidente, que es más apropiado para un perro que para un hombre! Pero, ni en el gusto se ha de confiar, pues engaña muy a menudo. Efectivamente, lo que es falaz puede coincidir con la verdad aunque, sin duda, no puede ser probado, pues de los sentidos no puede emanar conocimiento, sino tan sólo opinión. Es por esto que mi amigo Platón llama irracionales a los sentidos.

En segundo lugar, los sentidos no solamente no indagan sobre la verdad sino que además, arrojan violentamente al alma de la búsqueda de la verdad. Pues ocurre que cuando el alma fija su atención en algún pensamiento, entonces sucede que o bien un sonido resuena en los oídos, o la luz golpea a los ojos, o queda perturbada por algún movimiento de este tipo. Y así, cuando el tumulto sensual alcanza hasta la sede del alma, ella misma se debilita en su investigación. Es por ello que cuantas veces somos llamados a tomar una decisión de importancia, buscamos un lugar solitario para nosotros mismos donde estemos menos sujetos a los sentidos. Por ello también que el alma, durante

41 Un intento de protegerse contra un posible eclecticismo (véase referencia a Gilson, E., en «Introducción», n. 5).

42 Se utiliza la expresión «*agamus pingui Minerva*» donde «*pingui Minerva*» forma parte del proverbio latino «*pingui* (también «*crassa*») *Minerva aliquid facere*», lo que equivale a «conducirse, discutir, reflexionar con torpe o ruda inteligencia» (cf. Cicerón, *Laelius*, 5, 19).

el sueño, está más libre del hostigamiento de los sentidos, aguza su ingenio y, a veces, se apodera de la verdad o lo verosímil, incluso en lo que se refiere a hechos futuros; y comete menos errores justo antes del amanecer, pues se encuentra menos pesada toda vez que la comida ya ha sido digerida. Esto prueba hasta qué punto sofocan los sentidos a la verdad cuando ellos dominan. De aquí que mi Platón diga:

«Esta opinión de ellos, llena de error y falsedad, ha ascendido desde el desfreno de los sentidos, y tal desviación no provee ninguna guía cierta».⁴³

Siendo esto así, la prudencia del Creador, deseando poner remedio a los sentidos, situó a la razón en una posición superior del cerebro como guía y señora de aquellos. Pues ella, por medio de la definición, corrige lo que está errado por los sentidos y demuestra lo que cada cosa es, ya sea definiendo la sustancia o describiendo los accidentes. Por tanto, el asunto se ha vuelto en contra de tu parecer, es decir, que así como los sentidos son obtusos y la razón es soberana, por medio de la razón también esto ha sido descubierto.

Por último, los sentidos no pueden sentir cómo sienten o lo que son ellos mismos. Pero esto es fácil no para el vulgo, que no sabe dudar, sino sólo para los filósofos que tienen a la razón como guía suya. ¿No te avergüenzas ahora de haber exaltado los sentidos de un modo tan descarado, cuando no son capaces de sentir ni aun lo que ellos mismos son? Por ello, merecedores son de maldición y odio en abundancia.

Cualquiera que encubriendo la luz de un ojo más penetrante,
 En lo que no siente no sabe tener fe,
 Abandonado por la luz de la razón⁴⁴ por la que se destacaba,
 Ponga su cuello bajo el pesado yugo de la fortuna.
 Posea, mas nunca se adueñe de lo poseído,
 Ni sea beneficioso para otro ni provechoso para sí mismo.
 Ignore por igual los principios y las causas de las cosas,
 Y también a sí mismo, cautivado por su amor a un dulce mal.
 Ignore por qué algunas estrellas se ocultan a nuestra mirada,
 Y otras no escapan a nuestra visión,
 Por qué la tierra ocupa el centro, mientras sin poder ceder a tan enorme
 peso de las cosas, flota oprimida,
 Por qué la primavera, el otoño, el invierno, pinta, colma, aprieta
 Prados, hogares, arroyos, con hierva, grano, hielo.
 Privado de luz, busque lo falso como verdadero,
 Mientras sostiene que las causas de las cosas son, nada».

43 Platón, *Timeo*, trad. Calcidio, 44A.

44 Boecio, *o.c.*, libro I, metro 2 y libro III, metro 10.

Llegado aquí, mientras ella se estaba tomando un pequeño respiro, yo, que durante un largo período de tiempo había estado esperando una oportunidad para hablar, no sin impaciencia prorumpí con estas palabras:

«Te pido me permitas, oh guía del verdadero reconocimiento, enfrentarme a esta presuntuosa. Para mí, habrá de ser de no poco provecho el derrotarla y, como para ti, semejante victoria mostrará sin desconcierto cuánto poder tienes sobre ella. Pues tengo confianza en salir victorioso, porque guardo en mi mente los hábiles argumentos que has discutido extensamente para consolación de tu íntimo amigo, y no seré perezoso al extraer de estos argumentos otros no menos convincentes, con la razón como guía. Es por ello que mi reciente ofrecimiento no sólo trata de conducir lejos de aquí a esta mujer y sus acompañantes sino, además, convencer a estas mismas sirvientas —de las que ella se enorgullece de estar acompañada y con cuyos apetecibles encantos atrapa a los imprudentes; antes bien, como argumentaré, ellas tienen el deber de estar bajo tu autoridad. Que lo concibo así.

Una vez informada la mole corporal del mundo sensible con sus diversas cualidades por la divina providencia del Creador, restaba buscar alguna otra cosa del exterior para dotar al mundo de movimiento y crecimiento y de todo lo demás de este género. Pues, aunque los cuerpos mismos fuesen entre sí más ligeros o pesados, unos con respecto a otros, sin embargo, no podían tener en sí mismos el necesario crecimiento y movimiento voluntario, puesto que sus principios habían sido inertes y sin movimiento. Por tanto, si la Voluntad omnipotente ha dispuesto ésto, al mismo tiempo y de una vez, junto con todo lo demás —lo que es difícil de explicar con la razón— o si permitió que hubiera algún retraso al hacer las cosas mismas, al ser inmutable en sí misma, ella deseó una naturaleza que poseyendo todas las funciones en grado preeminente estuviese a disposición de los cuerpos que la necesitaban, que ésta naturaleza sería el alma y que, al estar por encima de la naturaleza de los cuerpos, debería también ser incorpórea. Por lo que el Filósofo dice en el *Timeo*:

«En verdad que Dios ordenó al alma preceder a la naturaleza del cuerpo, tanto en edad como en virtudes, y la quiso dueña y con autoridad fundamental con respecto a lo que ella proteja».⁴⁵

Por tanto, si como el Filósofo asegura, Dios quiso que el alma dominase el cuerpo, no hay duda que fue capacitada para que pudiera hacerlo. De no ser así, Dios no lo habría deseado. La naturaleza del cuerpo era, en esencia, mutable, susceptible de lo mayor, lo menor y lo medio. ¿Por qué? Porque, sin duda, el alma está dotada de la ira y el deseo, de manera que al irritarse puede corregir los extremos de la sobreabundancia y la escasez y, por su deseo, mantener el punto medio, puesto que su propia esencia, sin dirección particular alguna pero totalmente igual a ella misma, no reconoce en sí misma lo grande ni lo pequeño. Pero estos poderes suyos, a la ira y al deseo me refiero, a veces eran propensos a caer o desfallecer en su moderación, puesto que han de ser irritados por las pasiones corporales. Así, la razón le era necesaria para revocar estos poderes, por lo que no se alejó de ella. Lo que el Filósofo no ignora cuando dice:

«Primero, el sentido es excitado por violentas pasiones, después surge un deseo, mezcla de voluntad y tristeza, entonces, el miedo y la ira y las otras perturbaciones, siervos suyos, avanzan con sentimientos que difieren con respecto a sus naturalezas. Pero si moderasen y subyugasen estos sentimientos, vivirían una vida justa y tranquila».⁴⁶

45 Platón, *Timeo*, trad. Calcidio, 34C.

46 *Ibidem*, 42A-B. En el texto se reproduce un error que, según Burnett (véase Burnett trad. DED, n. 27), se presenta en algunos de los manuscritos del *Timeo* traducido por Calcidio; donde se copia «voluntad» («voluntate») tendría que haberse escrito «placer» («voluptate») y donde «avanzando» («promoventes») escribiría «moviéndose a través de» («permoventes»).

El alma, por tanto, perfecta en todas sus partes, fue injertada en los miembros del cuerpo para regular el universo elemental. Pero este mismo cometido, como he dicho, en modo alguno era fácil o cómodo para ella. Pues en su primera incorporación sufre una cuantiosa pérdida de su divinidad, hasta tal punto que, frente a estos restos tan elementales que debía preservar como dueña, ella, en su ceguera, se prefiere a sí misma y a su Creador, descuidando tanto su inicio como su fin. Entonces, aquellas riquezas que poco antes has exaltado impudicamente, ella, en su embriaguez, las exige sin moderación, hasta el punto de considerar valiosos estos mismos males (a los que ella les ha adscrito un valor, que no tienen en sí mismos sino tan sólo en pensar que lo tienen)⁴⁷ mientras ella acumule estos valiosos males, yo digo que no puede hacer uso de la razón para distinguir entre lo verdadero y lo falso. Y por último, el peor de estos errores: en esta situación tan miserable, ella no vacila en argumentar como si las cosas resultaran ser próspera y felizmente para ella.

Y con esto es suficiente. En verdad que de las otras servidoras que consecutivamente has presentado con no menos persuasión —me refiero al poder, el mérito, la fama y el deseo— he de repudiar su malicia no menos que ponerla de manifiesto. Pues debilitan esa luz de la excelencia racional y reducen al hombre a animal, arrastrándolo a esa noche de la ignorancia en que el alma no puede observar lo que ella misma es. De aquí que, si alguna vez se recobran de estos errores, no nieguen que cada una de ellas está repleta de las pasiones más penetrantes.

Por tanto, el alma está oprimida por estas cadenas de la cárcel del cuerpo, y sólo hay un remedio entre todos los del universo por el que ella misma se restaura a sí misma y vuelve por sí misma al hogar: sin duda, las doctrinas de esta filosofía, y las que llaman artes liberales. Pues una vez que ella misma y toda ella consigo misma, libre del error desviado, hizo surgir estas artes por la sutileza de su prudencia, les ordenó que se confiaran a la memoria de lo literal, al no creer suficientemente en las voces,⁴⁸ y de este modo lo que alguna vez palideciese, resplandecerá con luz propia por medio de ellas, temiendo que lo que sintió pudiera ocurrirle a ella (infalible mensajera). Así pues, cada vez que ella se cae de la verdad, si se vuelve hacia las artes, resurge de su caída. Pues el alma tiene en éstas lo que debe al Autor y lo que todos los demás le deben a ella, sin duda, los elementos comunes de las cosas y sus diferencias absolutamente distintas. Cuando éstas han sido releídas atentamente, el alma, reconociéndose a sí misma, no sólo se ve aliviada de la opresora carga de las cosas sino que, además, mira con desprecio todas las cosas corpóreas que odia - tanto cuanto la naturaleza lo tolera - colmada de toda bendición, mientras, por contemplación, se conoce a sí misma y a su Autor. Por lo tanto, tenemos una definición certísima contraria a tu error, en verdad, que tanto yo mismo como todos los demás fuimos bendecidos cuando nos adherimos a las artes mencionadas anteriormente, sin embargo, infelices y perdidos si sucumbimos a aquellas doncellas de las que tu alardeas. No dudamos por más tiempo que ellas mismas deberían someterse a la razón y, por consiguiente, que les permitas ser gobernadas por esta dama y sus seguidoras».

[cont.]

Pedro Mantas España
Colaborador. Dpto. Filosofía
Universidad de Córdoba

Plaza del Cardenal Salazar, 3. E- 14.071-CÓRDOBA.

47 Boecio, *o.c.*, libro II, prosa 5.

48 Para el problema que suscita la frase «[...] la memoria de lo literal, al no creer suficientemente en las voces, [...]», véase Burnett, C., «Adelard of Bath's Doctrine on Universals», *o.c.*, p. 12.